

**Eduardo Mendoza en el diario El País.**  
**Dos columnas de opinión.**

**“Velo”. [23-02I-2006].**

El debate sobre la prohibición del velo islámico en las escuelas francesas encuentra en nuestro país un debate paralelo, vehemente y a menudo superficial, como siempre que se discuten problemas ajenos. Los que se oponen a la prohibición suelen invocar la libertad de expresión o, afinando más, de culto, el derecho a profesar y practicar la religión que cada cual elija. No dicen, sin embargo, que toda norma ha de adaptarse al sentido común. Un locutor de radio que defendiera la reencarnación del karma durante la retransmisión de un partido de fútbol sería tachado de incompetente; no está permitido entrar en el metro vestido de nazareno con una cruz a cuestas, etcétera. También hay atuendos que perturban el orden, aunque carezcan de contenido metafísico: es inapropiado asistir a clase de Derecho Procesal vestido de baturro. En cambio, lo contrario puede ser cierto: hacia 1683, durante el asedio de Viena por los turcos, alguien inventó el cruasán, un bollo en forma de media luna, que los sitiados se comían haciendo cuchufleta del símbolo sagrado de los sitiadores, y que hoy, desprovisto de toda significación sacrílega, alegra el desayuno de moros y cristianos. Reconozco que estos símiles son exagerados e irrelevantes, aunque no más que el reiterado argumento del *piercing* y la tanga como muestra de parcialidad y en defensa del velo. Sólo quería explicar que a veces las cosas no son lo que son, sino lo que connotan en cada momento y lugar. Y el velo islámico connota oposición al sistema educativo laico e igualitario.

Si el mundo occidental ha de comparecer ante el tribunal de la historia, deberá dar cuenta de muchas fechorías y en su defensa podrá alegar muy pocas cosas.

Una de ellas es el sistema educativo, o lo que queda de él. La emancipación de la mujer o lo que haya habido de progreso social han sido fruto de la educación, en la medida en que la educación ha permitido que estos cambios impregnaran la cosa pública. Basta hojear la prensa diaria para ver que estos logros son precarios. La toquilla femenil no es un peligro serio; sí puede serlo una tolerancia que no se base en la comprensión, sino en la inseguridad. Si para el mundo islámico el velo es un objeto sagrado, para el mundo occidental la educación también lo es.

“Plagio”. [06-03-2006].

Ante un tribunal inglés se dirime una demanda por apropiación indebida contra Dan Brown, el autor de *El código da Vinci*, novela de éxito mundial y cima del esoterismo pueblerino. Los demandantes alegan que hace años ellos ya habían lanzado la especie de que Jesucristo y María Magdalena eran pareja de hecho y con prole, teoría que ahora constituye el meollo argumental de la obra en litigio.

Al parecer, los demandantes no acusan a Dan Brown de plagio, ya que plagio, en rigor, no existe. Y no creo que basen su reclamación en el aspecto teológico del asunto, porque a estas alturas Jesucristo y María Magdalena están libres de derechos. Sobre él se ha escrito una barbaridad; sobre María Magdalena no tanto, pero también mucho, porque en los evangelios hace una aparición breve, pero tan sugerente que ha provocado infinidad de especulaciones desde los mismos albores del cristianismo. El encuentro matutino y *post mortem* de los dos en un jardín solitario es un episodio de exacerbado romanticismo que, por añadidura, plantea insondables enigmas religiosos, en la medida en que sugiere una relación profunda que no tiene que ser forzosamente matrimonial, aunque está cargada de erotismo o, al menos, de emoción y afecto.

De modo que en estos dos terrenos los demandantes llevan las de perder. Ahora bien, en el terreno de las chorradas no hay duda de que les asiste la razón, y eso es, en definitiva, lo que el libro ofrece. Bien es verdad que corresponde al demandado el mérito de haber construido, con la presunta apropiación, un libro entero sobre la base de presuponer al lector un nivel de simpleza e ignorancia abismal, y un deseo genuino de asimilar tópicos y necedades sobre la Iglesia, el arte y la historia, explicados a bebés. Por supuesto, hacer accesibles a los tontos los misterios de la religión y la cultura es un insulto a la religión, a la cultura y a los tontos, pero por lo visto vende bien. Y ahí sí que hay apropiación. Claro que a esto se puede responder citando otro *best-seller*: al principio de Ana Karénina,

Tolstói dice que todas las familias felices son iguales y cada familia infeliz lo es a su modo; con las novelas ocurre lo contrario: todas las buenas son distintas entre sí, pero las malas se parecen muchísimo.